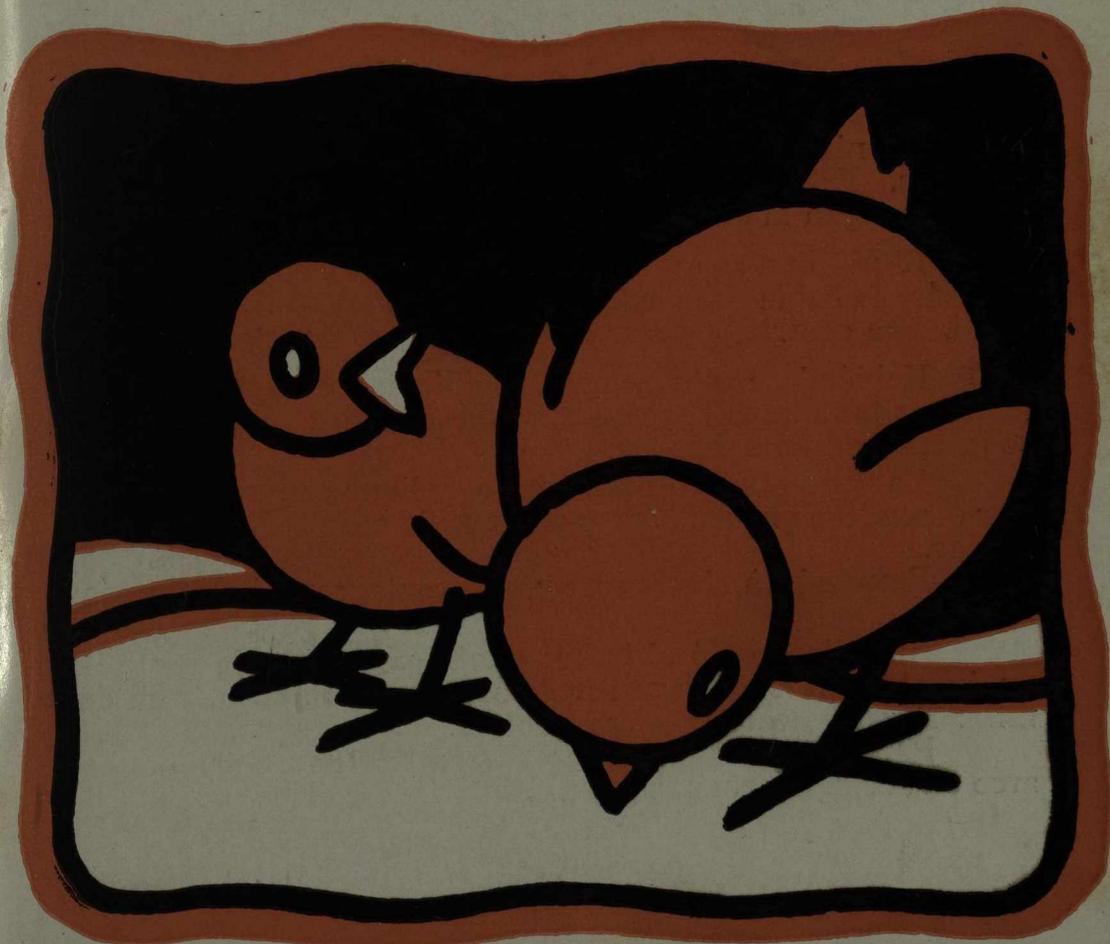


INSTITUTO NACIONAL DE CULTURA
Y DEPORTES
BIBLIOTECA

No. 18

Omnia, Y TIGRE Y LEON



REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA

EL BUHO Y LA PALOMA



Un niño indio salió un día de caza, con sus hermanos mayores. Estos, en el camino, relataron una superstición de la tribu, según la cual el buho es un símbolo de desgracia.

El niño no se amedrentó. Muy ufano, con el arco que su padre le había enseñado a manejar, nuestro indiecito hizo una buena cacería, a pesar de su poca experiencia.

Habiéndose roto su arco, se detuvo a arreglarlo. Pero mientras tanto, sus hermanos, entusiasmados por la cacería, se internaron en el bosque.

En vano el niño caminó horas y horas: no pudo encontrar el sendero que había de guiarlo en la búsqueda de sus hermanos.

Empezaba a obscurecer y, de pronto, se oyó un graznar lúgubre.

El indiecito vió al buho: estaba posado en la rama de un árbol enorme. Luego revoloteó, siguiendo la marcha del niño. Parecía decirle: —Vas a morir. Vas a morir.

Pero el indiecito no tuvo miedo. Serenamente, tomó el arco en sus ágiles manos y lanzó una flecha al pajarraco.

(Pasa a la Pág. 28)

ONZA, TIGRE Y LEON

REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA

DIRECTOR: RAFAEL RIVERO O.

EDITADA POR LA DIRECCION DE CULTURA DEL MINISTERIO
DE EDUCACION NACIONAL

Talleres de Artes Gráficas de la Escuela Técnica Industrial.

No. 18

CARACAS, MAYO DE 1940

AÑO 2

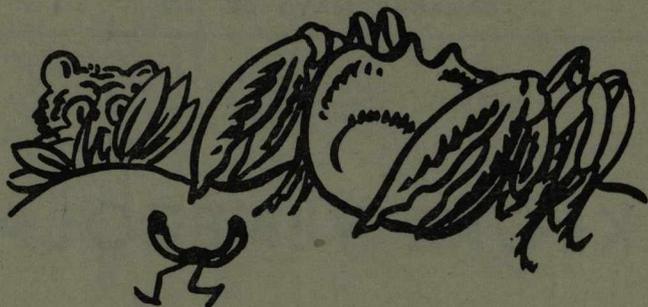
FOLKLORE VENEZOLANO

Las narraciones y fábulas de los pueblos primitivos, llenas de hermosa sencillez e ingenuidad, difícilmente pueden ser igualadas, en valor emotivo e interés, por obras, del mismo género, producto de las razas civilizadas. Las leyendas de aquellos pueblos son la expresión diáfana y pura de la psicología y costumbres de los hombres que viven y sienten la naturaleza en toda su grandeza y sublime simplicidad. Mezclando, hábilmente y con gracia que sorprende, los elementos únicos de su mundo, aire, fuego, montañas, ríos, árboles; y personificando animales y cosas, y aún los mismos elementos naturales, logran exteriorizar sentimientos insospechados en espíritus tan primitivos —vagos e incipientes estratos de la humana cultura—. Y así, crean extrañas y maravillosas mitologías, autóctonas y de valor indiscutible.

Comprobación de lo antes dicho, son los dos cuentos de nuestros indios de la Gran Sabana, con los cuales iniciamos en este número la nueva sección de ONZA, TIGRE Y LEON: "Mitología Indígena".

EL CANGREJO, EL TIGRE Y EL PEZ GRANDE

(Cuento de los Indios de la Gran Sabana)



El cangrejo se quitó los ojos y los puso en el suelo. Luego, dijo:

—¡Váyanse, ojos míos, a la orilla del lago del mar, lejos, lejos, lejos!

Los ojos se marcharon y el cangrejo se quedó ciego. Entonces suspiró:

—Se fueron mis ojos, ay de mi! No puedo vivir sin ellos. Los voy a llamar.

Y gritó para que lo oyesen:

—¡Vengan de la orilla del lago del mar, ojos míos! ¡Vengan, vengan, vengan!

Y los ojos del cangrejo volvieron. Un tigre estaba al acecho cuando regresaban.

El cangrejo se cansó de mirar el paisaje y otra vez envió a sus ojos a la orilla del lago del mar.

—¡Váyanse, ojos míos, lejos, lejos, lejos!

El tigre que estaba acechando pegó un brinco y asustó al cangrejo:

—Eeep! ¿Qué estás haciendo, cuñado?

El cangrejo respondió:

—Mando a mis ojos a la orilla del lago del mar.

Preguntó el tigre:

—¿Cómo es eso, cuñado? Quiero verlo.

Pero el cangrejo sin hacerle caso al tigre, dijo para sí:
—El pez grande se acerca a mis ojos para tragárselos.

El cangrejo llamó a sus ojos y estos regresaron por segunda vez.

El tigre contemplaba maravillado el juego. Luego le dijo al cangrejo:

—Manda también mis ojos a la orilla del lago del mar.

El cangrejo accedió a la exigencia del tigre, quien al cabo de un rato dijo:

—Devuélveme los ojos, cuñado, que no puedo ver!

El cangrejo llamó a los ojos del tigre y ellos volvieron en seguida.

El tigre quiso repetir la suerte, pero el cangrejo dijo:

—El pez grande está muy cerca de la orilla y puede tragarse tus ojos.

El tigre creyó que el cangrejo no le decía la verdad y le amenazó con devorarlo si no lo complacía.

Cuando los ojos del tigre, mandados por el cangrejo, llegaron por segunda vez a la orilla del lago, sacó la cabeza el pez grande y se los tragó.

Al darse cuenta de su desgracia, loco de furia, el tigre se arrojó sobre el cangrejo, pero, como estaba ciego, no lo pudo agarrar.

El cangrejo se escondió debajo de una hoja de palma caída en el suelo. La hoja se le pegó al lomo y la tiene todavía: es su cáscara.

El tigre vagaba por la selva sin ojos. Como no podía cazar nada, se había quedado muy flaco.

Un día se le acercó al rey de los zamuros. El tigre le contó su desgracia y el rey le prometió ayuda siempre que le diese una parte de todas sus cacerías.

El rey de los zamuros buscó un árbol de balatá, le dió un picotazo en el tronco y le pegó fuego a la leche que manaba. Entonces derramó la goma en las cuencas vacías del tigre, y luego le lavó los ojos con la leche fresca de otro árbol que todavía lleva su nombre.

El tigre recobró su vista, sus ojos claros y bellos.

Salió inmediatamente de cacería, porque tenía mucha hambre, y consiguió una danta, guardándole su parte al rey.

Las cosas no han cambiado desde entonces. El tigre sigue cazando para el rey y todos los zamuros se hartan.

EL FUEGO Y EL TIGRE

(Cuento de los Indios de la Gran Sabana)



El fuego caminaba de regreso a su rancho. Había estado cazando todo el día con sus llamas y asado muchos animales. Primero rodeó una pequeña sabana, quemándola después de punta a punta; de modo que pocos animales pudieron escapar.

El fuego regresaba muy contento, cargando a la espalda una gran canasta llena de carne asada. Entonces lo vió venir un tigre y se puso en acecho para cerrarle el paso.

Cuando el fuego estuvo cerca, el tigre dió un salto y se le puso enfrente. El fuego se espantó. Luego dijo:

—Caramba, cuñado! me espantaste.

El tigre habló de esta manera:

—Suelta esa canasta y mira que fuerza tengo.

El fuego respondió:

—Vamos a ver si eres tan fuerte como te imaginas.

Y se descargó la canasta y se sentó encima de ella tranquilamente.

El tigre dijo:

—Ahora, mírame. Te mostraré lo fuerte que soy.

Pegó un brinco, trepó a un ceibo, quebró todas sus ramas y las arrojó lejos. Cuando sólo quedaba el tronco, se apeó y se acercó al fuego con un resoplido:

(Pasa a la Página 27)



El cacao es un árbol de origen americano, de muchas ramas y que generalmente alcanza una altura de cinco a seis metros, lo cultivaban los antiguos indios desde mucho antes de la llegada de los españoles a América. Se produce muy bien en los valles y en las vertientes regadas. Requería la protección de los rayos directos del sol, por medio de colinas o grandes árboles que le presten su sombra.

La palabra *chocolate*, con la que designamos la bebida confeccionada con la almendra de cacao, es originaria de México, donde el fruto tostado se llamaba *cacahoatl*.

En botánica se dice que el cacao pertenece al género *Theobroma*, de la familia de las *Bitneriáceas*. Se conocen dieciocho especies, de las que proceden de las distintas variedades que se cultivan, y que se distinguen por el mayor o menor crecimiento de la planta, forma de las hojas, volumen y coloración del fruto, forma, tamaño, color y cualidades nutritivas de sus semillas.

Las flores del cacao son pequeñas y de color amarillo rojizo. Cada flor está provista de cinco pétalos, y cuando éstos se marchitan y caen, queda el embrión del fruto, que luego crece convirtiéndose en una especie de baya carnosa en todo su espesor, cuando fresca; tiene la forma de una papaya o lechosa; su superficie rojiza, verde o amarilla es rugosa y recorrida por diez lóbulos longitudinales equidistantes; por dentro está recubierto por una pulpa blanda, en la que hay escondidas semillas de forma ovoide.

Durante el año, el cacao da dos cosechas: una en junio y otra en diciembre; para su cultivo requiere un medio húmedo y una temperatura de 24 a 30 grados centígrados en terrenos arcillosos o de aluvión.

Cada árbol produce muchísimos frutos, los cuales nacen lo mismo en las ramas que en la parte del tronco más gruesa y más cercana a la tierra. La corteza del árbol es gruesa y rugosa.

Son muchos los usos y aplicaciones del cacao: la almendra tostada y mezclada con azúcar y canela constituye el chocolate; en México se usa una bebida llamada *triste*, compuesta de cacao, harina de arroz y del maíz tostados, onoto y canela, todo reducido a polvo fino y mezclado con agua y azúcar.

En Nicaragua el cacao quebrantado se usa como el te.

Con la pulpa, que es olorosa y de un sabor agradable, se prepara una aromática bebida refrescante.

Del líquido mucilaginoso producido por la fermentación, se extrae, destilándolo, un aguardiente que después de refinado es un ron bastante fino. La cáscara o película que cubre los granos sirve como té, o para sustituir el tabaco. También sirve a maravilla esta cáscara como abono para limoneros y naranjos.

La manteca o aceite de cacao es usada desde hace mucho tiempo en medicina para irritaciones de la piel y para bronquitis y catarros.

Los conquistadores españoles encontraron que en México los indígenas consideraban el árbol del cacao como un don de los dioses y atribuían a sus frutos maravillosas virtudes, utilizando las almendras como si fueran monedas. Los pueblos pagaban en ellas sus tributos a los emperadores.

(Pasa a la Pág. 29)

NIÑOS QUE ESCRIBEN Y DIBUJAN

EL MUSICO RAMPLON



En una chocita habitaba un viejo guitarrero, quien ayudaba al prójimo robándole la más gorda de las gallinas que pudiera tener.

Sucedió que una noche el guitarrero se encontró con otro vecino, quien, a lo mejor andaba en las mismas andanzas que él.

El vecino preguntóle:

—¿De tocar un bailecito?

Y respondió el otro:

—De tocar un bailecito.

—Me lo figuraba, porque se te ve fuera de la chaqueta las clavijas de un guitarra.

El muy don zorro del guitarrero se inclinó azorado, mirando como por debajo de su saco salían las patas de un gordazo gallo.

JOSE RAFAEL RAMIREZ

(14 años), Ejido.

Estado Mérida.

NIÑOS QUE ESCRIBEN Y DIBUJAN

EL PAJARITO, EL PERRO Y LA ABEJA



Había una vez una niña llamada María, a quien no le gustaba estudiar. Un día que se fué al jardín, encontró allí un pajarito, un perro y una abeja; los invitó a jugar, pero, ninguno de ellos quizo, porque, el pajarito estaba fabricando su nidito, la abeja libando las flores para hacer miel, y el perro tenía que ir de cacería con su amo; entonces la niña pensó: Estos animalitos saben aprovechar el tiempo mejor que yo. Y desde ese día le puso tanto amor al estudio que, al poco tiempo, era la más aprovechada de su escuela.

SAMUEL EDUARDO QUENZA

Escuela Federal No. 3286

El Puente.

(Pasa a la Pág. 30)

LA VIDA EN LOS LLANOS

CACERIA DE CAIMANES

por RAMON PAEZ



Salimos una mañana hacia un caño llamado Macanillal, distante unas tres millas, pensando usar los caimanes como blanco, por ser uno de los animales más difíciles de matar.

Al llegar a vista del agua, nos quedamos atónitos viendo toda su superficie burbujeando como si estuviera hirviendo; luego de inspeccionarla más cerca, vimos que el hervor era producido por millones de *Coporos* que solaban sobre la superficie. También abundaban otras variedades de pescados, y tanto, que tiramos muchos cerca de la orilla. El estampido de los fusiles atrajo hacia la superficie numerosos caimanes, los que nos preparamos a atacar desde la alta orilla del caño. Nuestro primer disparo fué hecho con gran puntería, enviando una bala directamente entre los ojos de la bestia. El tiro no lo mató en el acto, como hubiera sucedido con cualquiera otro animal, y se zambulló bajo el caño golpeando furiosamente con su cola poderosa, levantando olas de espuma, y causando gran conmoción entre la multitud de los peces.

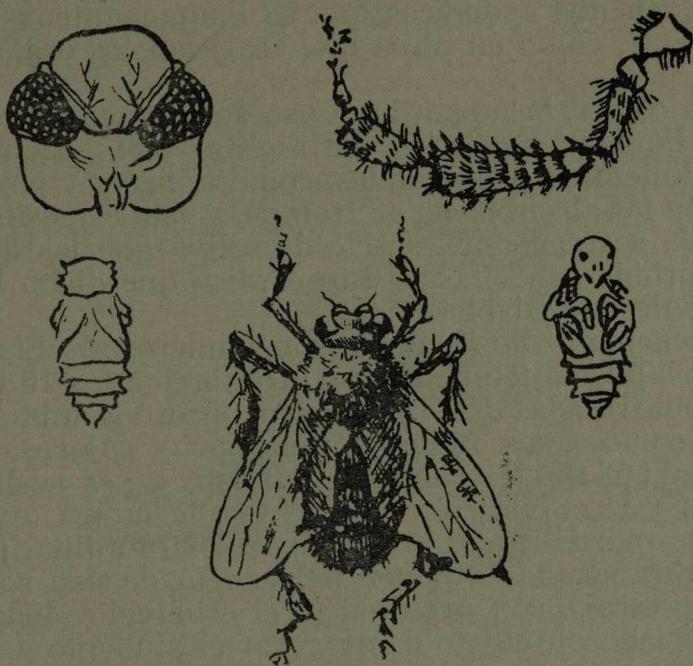
Los otros caimanes, en vez de asustarse con el estrépito, se tornaron curiosos, avanzaron con los ojos encendidos, y enseñando los dientes.

Desde el mismo sitio donde se hizo el primer disparo, logramos matar o herir no menos de veinte caimanes, pero, por ser altas las orillas y cortadas a pico, no pudimos recoger los cadáveres. Uno de éstos que quedó tendido sobre un banco de arena a través del caño, se caracterizaba por una singular joroba en su lomo que aumentaba su monstruoso tamaño, lo que nos provocó examinarlo más de cerca. Para esto fuimos obligados a seguir caño abajo, hasta que estuvimos seguros de que el agua era lo suficientemente llana para permitirnos caminar por ella. La empresa no obstante, no dejaba de ser peligrosa debido al considerable número de rayas y caribes. Pero, mi gran interés por todo lo que pertenezca a la Naturaleza, me ayudó a pasar al otro lado acompañado de Roseliano, un joven famoso por su temeridad. Con su ayuda, arrastré parte del caiman fuera del agua, y cuando examinaba la joroba que la naturaleza le había puesto sobre el espinazo, notó Roseliano que movía uno de los ojos, porque el otro había sido destrozado por la bala, creyendo todos que había muerto instantáneamente. Mi compañero, que ya había manifestado sus sospechas de que el caimán se estaba haciendo el muerto, al convencerse de la verdad, me propuso hundirle la daga en el codillo. Antes de consentir, insistí en sujetarle la boca con una larga estaca de la que agucé un extremo, y se la hundí en las narices, empujándola con todo el peso de mi cuerpo. Esta precaución salvó a mi camarada, aunque, por poco me es fatal, porque en el instante mismo en que el caimán sintió el frío del acero entre sus costillas, levantó la cabeza lanzándome a más de un pié sobre el suelo, pero la estaca evitó que me hiciera daño, pues la cogió entre sus poderosas mandíbulas volviéndola astillas, y se metió al medio del caño. Su triunfo, después de todo, duró poco; la sangre le salía a torrentes de sus heridas y pronto fué la presa de millares de caribes ambrientos.

El caño de Macanillal es también famoso por sus *Perros de Agua* (*Myopotamus coypus*), y nutrias. Estas son de una especie muy grande y de lustrosa y hermosa piel. Los primeros se parecen mucho a los castores, pero su redondo rabo, es igual al del rabo-pelado. Ambos viven en el agua, y salen afuera en ocasiones para calentarse sobre las orillas. En una choza vecina del lugar de nuestra última aventura con

(Pasa a la Pág. 29)

L A M O S C A



Entre los animales más inmundos y molestos debemos contar en primera línea a la mosca.

La mosca es un insecto díptero, es decir, que solo tiene dos alas; éstas se mueven con una velocidad capaz de producir 300 vibraciones por segundo. El zumbido de las moscas se debe a estas vibraciones. Detrás de las alas puedes observar con una lupa dos bulbos pequeñitos; según algunos, representa el segundo par de alas que tienen otros insectos, y según otros, le sirve para mantener el equilibrio: de ahí el nombre de balancines que se les ha dado. Tiene la mosca seis patas, como todos los insectos, las cuales están cubiertas de pelos duros. Entre estos pelos transporta la mosca infinidad de gérmenes infecciosos, que luego deposita sobre los alimentos. Terminan las patas en dos vejigas y dos garras, que le

sirve para andar sobre cualquier superficie, por lisa que ella sea. Los ojos de la mosca son grandes y están formados por más de mil facetas cada uno; además de éstos tiene otros más pequeños y rudimentarios en la parte superior de la cabeza. Tiene también dos apéndices que se llaman antenas y que probablemente, como en otros insectos, sean los órganos del olfato.

Para comer, la mosca hace uso de su trompa; con ella chupa los líquidos o el sudor de nuestra piel. Cuando las materias alimenticias son sólidas, como el azúcar, por ejemplo, también las absorbe con su trompa, y esto es posible porque por ella segrega una especie de saliva que las disuelve y es reabsorbida con ellas, y esto explica que dicho líquido no deje señales apreciables.

Los enemigos de la mosca son numerosos. El frío es uno de ellos, pues a temperaturas inferiores a los 16 grados, mueren; como aliadas del frío se encuentran los animales insectívoros, como sapos, ranas, murciélagos y pájaros, pero a pesar de ser tan numerosos sus enemigos, no es posible exterminarlas y la explicación está en que la mosca es un insecto que se reproduce en proporciones extraordinarias. La mosca hembra alcanza a poner 120 huevos de una sola vez, para lo que escoge con preferencia el estiércol y toda clase de inmundicias, con objeto de asegurar el alimento a las futuras larvas. Estos huevos hacen eclosión a las veinticuatro horas; de ellos salen unos gusanitos blancos y ciegos, que penetran entre las sustancias en que los huevos fueron puestos. Al cabo de siete días de desarrollo, estas larvas, o sea los gusanitos blancos, se transforman en *crisálidas*; siete días más en este estado son ya suficientes para que la mosca esté en disposición de volar. Si todo ha marchado bien, al poco tiempo la señora mosca tendrá la bobería de 14.400 sobrinas, todas muy atareadas en transportar enfermedades mortales como el cólera, el tifus y la disentería.

Y tan graves perjuicios no pueden compensarse con la pequeña ventaja de que las larvas destruyen una buena cantidad de materias en descomposición que viciarían el aire. Así, pues, debes procurar eliminarlas por todos los medios que estén a tu alcance. No dejes basuras cerca de la casa; quémalas. Y no mates los pájaros, ni los sapos, ni las ranas, porque ellos son los mejores defensores de nuestra salud.

LOS DEDITOS



Un día Meñique el dedito pequeño salió solo a pasear porque estaba enojado con sus demás hermanitos. Cuando iba caminando se encuentra con uno de sus condiscípulos quien le obsequió una rica manzana, pero Meñique no pudo cogerla y tuvo que despreciarla. Siguió, siguió y más adelante encontró a su padrino, que quiso regalarle una brillante pesetita, pero trató de cogerla, y por más que hizo no pudo lograrlo. Caminando, caminando llegó a un mercado, allí se detuvo y vió que vendían tantas frutas de las que a él le gustaban y dulces y tantas cositas buenas, y ¡que de ganas le daban! El pobre Meñique, allí inmóvil, pensaba y retempensaba: ay, si yo hubiera estado contento con mis hermanitos, cuando

mi amiguito me obsequió la manzana nos la hubiéramos comido. Cuando mi padrino me regalaba la linda pesetita brillante la hubiéramos cogido entre todos, y ahora compraríamos frutas... Pero nada de esto. Ahora mismo me voy para mi casa a contentarme con ellos.

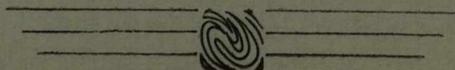
Y Meñique salió corriendo y llegó a su casa. Allá en el patio estaban sus hermanitos jugando muy contentos y entusiasmados. Meñique humildemente les dijo: “¿Hermanitos míos, se quieren contentar conmigo?” Y ellos le dijeron: “Con mucho gusto Meñiquito. ¿Y, en dónde estabas?” Meñique después de decirles donde había estado, les contó todo lo que le había sucedido. Sus hermanitos lo invitaron a jugar, y el dedo Índice habló así: “Meñique, muy bueno estuvo eso y todo lo demás que te ocurrió, porque tú eres muy peleadorcito y además muy pequeño para salir solo y sin la compañía de nosotros, tus hermanitos”.

*A los deditos les gusta jugar,
andar por los valles,
correr y saltar,
salir por las calles,
patinar y cantar,
pero unidos todos y sin disputar.*

ALBA ROSA GARCIA.

Alumna de la Escuela Federal N° 938.

2º grado.—Tajo, Edo Trujillo.



HISTORIA DE LOS ABORIGENES

por Cecilia Rosa Ferreira (12 años)



Se llaman aborígenes a los primeros habitantes de un país.

Los indios fueron los primeros habitantes de Venezuela. Se les dice indios porque, cuando Colón arribó a las islas de Guanahani, creyó que se encontraba en la India y por lo tanto, denominó a los naturales *indios*.

Las casas de estos indios, eran chozas; sobre la tierra o construídas dentro del agua. Para la edificación de estas últimas, clavaban estacas en el fondo, luego ponían el piso de tablas y, con hojas de palmera, hacían paredes y techo.

A pesar de sus pocos conocimientos en agricultura, los indios tenían siembras de maíz, auyama, yuca y algodón. Del maíz hacían chicha y arepas. La chicha la bebían fermentada, y con ella se embriagaban durante la celebración de sus danzas, a las cuales eran muy aficionados.

Como trajes, usaban los indios, guayucos o taparrabos y también faldas cortas. Otros andaban desnudos.

Vivían en agrupaciones o tribus, cada una de las cuales tenía su jefe llamado cacique.

Dormían en chinchorros y hamacas que ellos mismos se fabricaban con algodón y otras fibras vegetales.

Los instrumentos musicales de los indios consistían en pitos, tambores y maracas.

(Pasa a la Pág. 3ª de carátula)

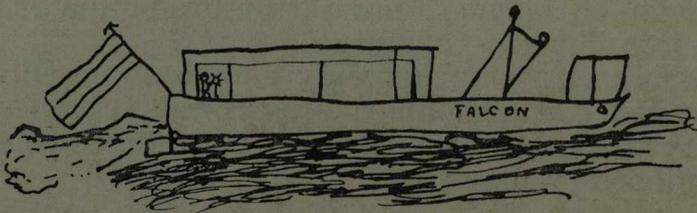
A R T I S T A S
D I B U J O S D E N I Ñ O



LABRADOR.—por Manuel Antero Andrade
Escuela Federal Rural 1.160.—Carayaca.

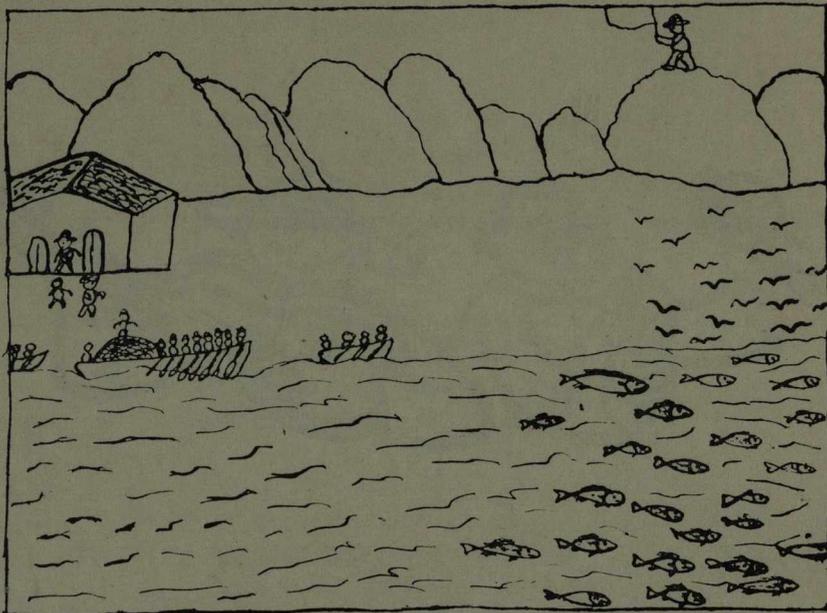


BAJO EL PUENTE.—por Julio César Rodríguez
(10 años).—Escuela Federal 206.—El Trompillo.

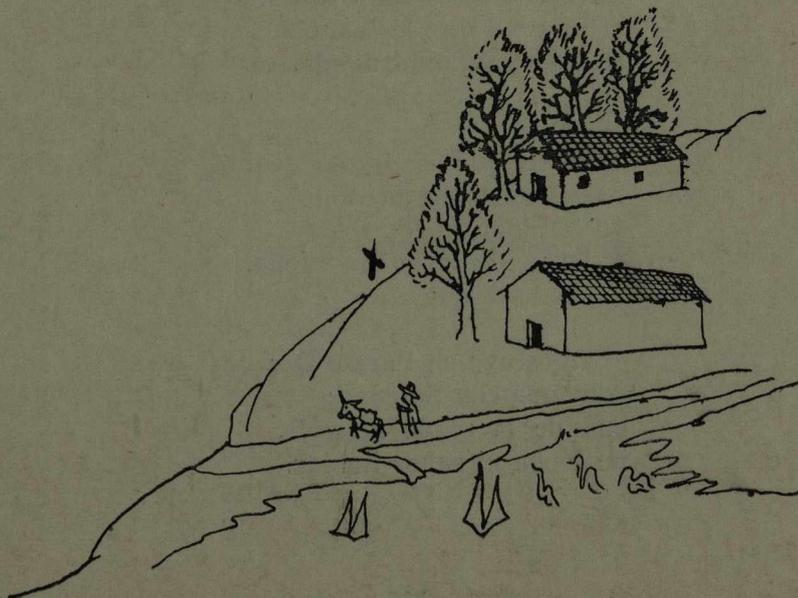


REMONTANDO EL APURE.—por Blás Rosario Veloz.—(10 años)
Escuela Federal 1.252.—Apurito

FANTILES VENEZOLANOS



LA PESCA EN MARGARITA.—por José Vicente Salazar, (12 años)
Escuela Federal No. 642.—Punta de Piedras.—Estado Nueva Esparta.



PAISAJE.—por Romelia Fuentes
Escuela Federal No. 941.—Mitón.

CÓPLAS DE LA LLANURA



La perdiz canta en el monte,
el pájaro en la cañada.
Muchachas de San Fernando,
llorar no les valdrá nada;
el moreno que les canta
se les va de madrugada.

Dicen que el águila real
pasa la mar en un vuelo;
yo también puedo pasar
toda la noche en un sueño.

Yo estuve en Párate Duro,
conversé con Soledad;
cuando la razón no vale,
no basta el saber hablar.

Las muchachas no me quieren
porque no tengo dinero;
yo nunca he sido encargado
de los hatos ingleseros.

Mañana me voy, me voy,
pero no les digo adonde,
porque hay mucha picardía,
para engañar a los hombres.

En las montañas del Caura
canta la garza imperial;
el conoto y el pia-poco
comen siempre en su lugar.

Este verano que viene,
voy a comprarme un avión,
y me subiré a las nubes
a conversar con el sol.

Estos muchachos de ahora,
yo les diré como son:
alegres para un bochinche,
renuentes con la lección.

LORENZO J. LOZADA OJEDA

(13 años) Escuela Federal 1252,

Apurito, — Estado Apure.

CUENTISTAS CRIOLLOS

COMO PERDIERON LOS CONEJOS EL RABO

por ANA JULIA ROJAS



En la época en que transcurre este cuento, aunque parezca raro, tenían todos los conejos un rabo muy pomposo: largo, grueso, levantado:

Nuestro conejito, protagonista de este cuento, era quizás, quien lo tenía más hermoso y, sabedor de ello, lo esponjaba a diestra y siniestra o se lo colocaba en forma de penacho como suelen hacer las ardillas. Daba gusto mirarle.

Los ojillos rosados le brillaban con sonrisa maliciosa de bondad, las orejas, del largo de la cabeza, impecables de forma. Solía prensarlas hacia atrás, cuando le interesaba alguna cosa o cuando nervioso, movía las naricillas chingas con húmedo temblor.

Se llamaba... Tío Conejo y vivía con sus padres y hermanos que eran muchos, en una madriguera en las orillas del río Guaire. Claro, no estaba como ahora. Colón no había llegado aún con sus carabelas; no había puentes, ni quintas y los indios vivían a su gusto pescando en el Guaire y navegando de un extremo a otro.

Nuestro Tío Conejo era un solemne pillo, y no había cosa que le causara mayor placer que hacer rabiarse a Tío Tigre, animal de muy pocas pulgas. Por esta razón había jurado Tío Tigre comérselo.

En este día de mi cuento, se encontraba Tío Conejo bebiendo a la orilla del Guaire cuando divisó a Tío Tigre que venía por la orilla opuesta. Los ojillos le chispearon de susto y las naricillas le temblaron de emoción, pues sabía que el Tío ése buscaba la manera de tragárselo. Pero, como era valiente, se sobrepuso al miedo y con mucha amabilidad saludó a su enemigo: ¿Como le va a su Excelencia Tío Tigre?

—Nada de saludos amables y ceremoniosos, Tío Conejo, después de lo que pasó antier (se refería a una de las jugarretas de Tío Conejo), mejor es que te vayas despidiendo de la vida porque ya me has fastidiado lo suficiente y tengo toda la buena intención de comerte.

—¡Buena intención llama usted tragarme a mí! Me parece malísima en todo concepto, su excelencia Tío Tigre, no veo que bien le puede reportar a usted, un animal de panza tan grande y de gustos gastronómicos tan conocidos, tragarse un miserable conejo como yo... Ni siquiera podría decir que sabor tiene mi carne...; tan menguadito soy... Y por lo que respecta a mi humilde persona, le diré Excelencia, que no me hace gracia alguna morir tan joven.

Menguadito o no... ya me estorbas con tus impertinencias y resueltamente te mandaré a mi estómago (y no panza, como dices tú) para que distraigas allá mi digestión.

Y hablando, hablando, Tío Tigre pasó el río y se acercó a Tío Conejo. El pobrecito se creyó perdido; pero se le ocurrió una idea que, por el momento era salvadora.

—Está bien Tío Tigre, le respondió, nada vale revelarse contra el más fuerte y en este caso lo es usted. Cómame... pero, no me niegue el derecho a bien morir. Yo he sido un conejito muy pillo y no quiero presentarme a San Pedro con tantas culpas. Permitame algunos minutos de recogimiento detrás de aquel bucare mientras me arrepiento de todos mis pecados. No hay peligro de que me escape, pues la única salida que es ésta la guarda usted.

Tío Tigre examinó el lugar, se aseguró que en realidad no había posibilidad de escape para Tío Conejo y moviendo la cabeza afirmativamente repuso:

—Está bien, te concedo un cuarto de hora para que te arrepientas; mientras tanto descansaré.

Y relamiéndose, como si se hubiera comido ya al pobre Tío Conejo, se echó a esperar a lo largo del sendero.

Con las orejas caídas se encaminó Tío Conejo hacia el bucare. Era éste un árbol inmenso que erguía su tronco altanero y cuyas ramas extendidas cobijaban la tierra con su sombra.

Además de los muchos pájaros que allí vivían; unas abejas habían escogido un hueco del tronco para hacer su colmena en él. Había mucho silencio y se escuchaba el zumbido de la colmena en actividad. Salían y entraban las abejas buscando y trayendo el néctar para la miel.

Pasaban los segundos, angustiados para Tío Conejo... estaba perdido... Mejor sería despedirme de la vida. Se sentó en las patitas de atrás y poniendo las manitas en la cara empezó a lamentarse — ¡Quién me mandaría a mi a *echarle bromas* a Tío Tigre, ahora me va a tragar! ¡Qué horror...!

Y se le paraban de punta todos los pelos a Tío Conejo y sentía ya los colmillos de Tío Tigre despedazando su carne tierna. — Si siquiera se me ocurriera algo... pero nada, no encuentro salvación posible. bm

Y convencido, el pobrecito Tío Conejo lloraba a moco tendido.

A todas estas, las abejas que entraban y salían de la colmena, se fijaron en Tío Conejo, oyeron lo que decía y muy emocionadas se lo refirieron todo a la Reina de la colmena. Esta se escandalizó de semejante atentado y reunió a todas las abejas en conciliábulo.

—Tío Conejo, —dijo—, aunque pillo, jamás nos ha molestado, y es un conejo honrado y bueno. Además, está en poder de un animal fuerte y feroz. ¡Hay que defenderlo! Los animales todos tenemos que prestarnos mutuo auxilio (en esto deberíamos imitarlos ¿verdad?). Pronto, una idea salvadora. ¿Quién la tiene?

(Pasa a la Pág. 31)

SOCIEDADES CULTURALES I N F A N T I L E S

En la entrega de nuestra revista correspondiente al mes de octubre del pasado año, dimos cabida en nuestras páginas a un anuncio del niño José Thielen, de Cumarebo, Estado Falcón; en el cual hacía un llamado a todos los jóvenes de América para que se afiliaran al "Club Internacional de Amigos", cuya finalidad sería la de trabajar por el acercamiento espiritual de los niños de los diferentes países del continente y su conocimiento por medio del mutuo intercambio de impresiones.

Hoy, desde la Paz, Bolivia, tenemos la satisfacción de recibir copia —que gentilmente nos ha sido enviada por el C. C. S. S. Olimpo— de una carta de niños pertenecientes a este club de dicha ciudad, dirigen a José Thielen, y la cual es índice del buen éxito que está logrando la iniciativa del joven Thielen, que, por medio de ONZA, TIGRE Y LEON, ha llegado a conocimiento de sus compañeros del país hermano.

De seguida insertamos la carta de los niños bolivianos.

La Paz, 22 de Enero de 1940
Señor José Thielen
Club Internacional de Amigos
Cumarebo

Amigo:

Me es grato poner en su conocimiento que el "Club Cultural, Social, Sportivo OLIMPO", grupo juvenil o más bien infantil, que tiende sobre todo a levantar el nivel espiritual y cultural de los que lo forman, y en cuyo seno se encuen-

tra un grupo de la intelectualidad boliviana del mañana, se ha enterado por medio de "ONZA, TIGRE Y LEON" de la formación del Club Internacional de Amigos, y ha resuelto presentarle su deseo de pertenecer a él, deseando de esta manera, estrechar en lo posible, la amistad de la infancia boliviana con la de toda América, y especialmente con la venezolana. (Bolivia, la hija predilecta del Libertador y Venezuela su patria).

Ojalá que para la realización de nuestros planes pudiésemos conseguir la colaboración de la simpática revista "Onza, Tigre y León".

Ojalá, sobre todo, que cada uno de los afiliados al C. I. d. A., trabaje para llegar a ser una personalidad en sus respectivos lugares, para que todos: los unos artistas, los otros escritores, políticos, comerciantes, etc., cada cual trabaje y se desvele y haga los máximos esfuerzos para formar una América feliz, grande y pacifista: Una sola América, feliz para pobres y ricos.

Nuestro Club, celebrando su aniversario, tiene el proyecto de sacar una revista, si tal proyecto se realiza tenemos destinada unas páginas para hablar de nuestro C. I. d. A., y les enviaremos unos ejemplares, así como a "Onza, Tigre y León".

El Club OLIMPO, está formado en su mayoría por chicos de 14 y 15 años.

En algún tiempo más tendremos formado nuestro similar en Cohabamba que también se afiliará al C. I. d. A.

Esperando sus intrucciones me despido hasta muy pronto en que tendré el gusto de hablar de cosas más interesantes.

S. S. S.

Sec. de Gobierno

RAMIRO BEDREGAL I.

Casilla No. 149

LA PAZ - BOLIVIA

EL ARCA DE NOÉ

Cuento de
JOSE MARIA PEMAN



ESCENA UNICA

El nieto. — Abuelito, cuéntame el cuento del arca de Noé.

El abuelito. — ¿Otra vez?

El nieto. — Otra vez, y otra, y diez y ciento, porque no me cansaría nunca de oírlo.

El abuelo. — Pero prométeme que no vas a reírte hasta el final.

El nieto. — Te lo prometo.

El abuelo. — Pues ahí va.

El nieto. — Espera que me siente a tus pies para oír mejor.

El abuelo. — ¿Estamos?

El nieto. — Empieza.

El abuelo. — Pues, señor, esto fué cuando el diluvio universal. Los hombres habían sido requetemalísimos, y en castigo dijo Dios: “¡Agua va!”... Y empieza a llover, llueve que te llueve, cuarenta días con sus cuarenta noches...

El nieto. — ¡Casi nada, abuelo!

El abuelo. — Pero Dios, para que no acabara el mundo de tan triste manera, había permitido que Noé llevara en el arca una pareja de cada clase de animales: una de perdices, una de gallina, una de vizcachas...

El nieto. — Una de conejos, una de avestruces, una de elefantes, una de mariposas, una de...

El abuelo. — Y bien, parece ser que los animales más pequeños iban en el piso alto...

El nieto. — ¡Claro! Pesaban menos...

El abuelo. — Iban en el piso alto del arca: la hormiga, la lagartija, el ciempiés, el colibrí, la mosca...

El nieto. — La araña no, porque, entonces, ¡adiós mosca!

El abuelo. — Y fué una lástima, porque, a estas horas el mundo estaría libre de esa plaga.

El nieto. — ¿Y en el piso del arca, abuelo?

El abuelo. — En el piso bajo, separados por un techo de madera, iban los animales grandes: el león, el toro, el camello, la jirafa...

El nieto. — La ballena, el hipopótamo. ¿Sabes que debía ser enorme el arca?

El abuelo. — ¡Figúrate! En fin, llega en esto la primera noche, y Noé manda a todos a dormir. El señor Noé andaba por toda el arca, arriba y abajo, golpeando las manos: “¡Ea, señores, a acostarse, que es hora de descansar...” Se mete cada animalito en su cama y se disponen a dormir. Pero en esto los del piso bajo empiezan a oír, sobre el techo de madera, uno tras otro, una serie de golpes, iguales y seguidos: pum, uno; pum, dos; pum, tres; pum, cuatro...

El nieto. — Ahora deja que siga yo, para que no te canses, abuelo. Pum, cinco; pum, seis; pum, siete; pum, ocho, pum, nueve; pum, diez; pum, once; pum, doce; pum, trece; pum, catorce; pum, quince...

El abuelo. — ¡Basta! Así gritó el león, cansado ya de tanta bulla. Levanta la cabeza y le dice a la jirafa: “Mira, niña, tú que tienes el cuello largo, a ver si sacas la cabeza por la ventana y te enteras de lo que pasa arriba, que no se puede pegar ojo...” Y la pobrecita jirafa, muy obediente, alarga el cuello por el ventanuco, lo estira por el piso alto y trata de averiguar qué es lo que ocurre. Mientras tanto, siguen oyéndose en el techo los golpes seguidos e iguales...

El nieto. — Pum, diez y seis; pum, diez y siete; pum, diez y ocho...

El abuelo. — Hasta que, al fin la jirafa encoge el cuello, y con los ojos llenos de resignación ante lo irremediable, le informa al león: “Nada, hijo; el ciempiés que se está quitando las botas”.

F. M. P.

EL FUEGO Y EL TIGRE

(Viene de la Pág. 4)

—¡Fuuuuu! ¿Te convenciste cuñado? Soy un forzado. No como tú...

Y se sentó a descansar.

El fuego era un hombre chiquito, pero gordo. Al tigre le entró ganas de comérselo. De repente se lanzó sobre él. Antes de hincarle los colmillos le dijo:

—Te voy a devorar.

El fuego le respondió sin asustarse:

—Devórame si quieres.

Sin más tardar, el tigre cayó sobre el fuego y lo estrujó. Al clavarle los colmillos en la garganta, sintió la candela. La sangre del fuego empezó a arder en las entrañas del tigre. Pronto lo envolvieron grandes llamaradas.

Envuelto en llamas, se subió a un árbol. El fuego quemó el árbol también y el tigre cayó al suelo, gritando con voz horrenda:

—¡Déjame, cuñado! ¡Perdón!

Y después quiso escapar, subiéndose a una peña. Pero el fuego corrió tras él y lo alcanzó.

Entonces redobló la carrera el tigre. Vió un árbol muy alto y se encaramó en la punta. Pero el fuego también trepó y quemó todas las hojas y ramas y el tigre cayó otra vez al suelo.

El tigre vió un río cerca y se creyó salvado lanzándose al agua. Pero el fuego rodeó el río, quemó los juncos de las orillas y el agua se puso a hervir.

El tigre tuvo que huir escaldado. El agua hirviente le quemó todos los pelos, de modo que se quedó completamente calvo. Y el fuego le achicharró también las uñas, de manera que se le quedaron arrolladas para siempre.

El tigre gritaba, però no podía correr más. Se tendió en el suelo medio muerto.

El fuego le tuvo lástima. Se contentó con decirle:

—¿Has visto, cuñado? Así soy yo.

El tigre respondió entre suspiros:

—¡Cuñado, basta! Ahora conozco tu fuerza.

El tigre se fué arrastrando hacia su cueva. Tranquilamente regresó a su rancho el fuego.

Hasta entonces el tigre tenía manos como un hombre. Desde aquel día tiene garras como un zamuro.

Y todavía le dura el miedo al fuego.



EL BUHO Y LA PALOMA

(Viene de la 2ª página de Carátula)

¡Qué vieron los ojos del niño! El buho se transformó en una hermosa paloma. Y, blanca como ella, la luna se elevaba en el cielo, aclarando el camino.

La paloma empezó a revolotear en torno del niño, guiándole hasta la aldea indígena, donde todos esperaban con ansiedad al indiecito, a quien en lo sucesivo se llamó “el que no tiene miedo”.

G. F.

CACERIA DE CAIMANES

(Viene de la Pág. 10)

los caimanes, vi una piel de perro de agua que media cinco pies de largo sin contar el rabo. Nunca tuve la suerte de ver vivo uno de estos curiosos anfibios, por más empeño que puse en ello, porque como la nutria, es muy arisco, y sólo la ejercitada vista de un indio puede distinguirlo bajo la superficie del agua cuando sube a respirar. En vano también busqué al *Manatí* (*Trinchetus manatus*), otro anfibio muy abundante en el Apure durante las crecidas, que es cuando abandona los grandes ríos para comer la yerba de las sabanas; llega a tener 10 a 15 pies de largo y pesa de 500 a 800 libras. Se parece a la foca, aunque mucho mayor; tiene la piel lisa y los ojos redondos y pequeños. Tiene gran cantidad de grasa y su carne es muy gustosa, por lo que los indios le hacen encarnizada guerra.

* * *

E L C A C A O

(Viene de la Pág. 6)

Los indígenas de aquella época preparaban la bebida casi en la misma forma que se usa hoy, pero sin adicionarle dulce. Los españoles perfeccionaron la confección del chocolate aromatizándolo y añadiéndole azúcar.

Las plantaciones de cacao que se cultivan en Asia, Africa, etc., son todas de origen americano.

En Venezuela el cacao es uno de los principales productos agrícolas, estando conceptuado como el de mejor calidad del mundo entero, siendo muy apreciado en todas las grandes ciudades de Europa y de Norte América, adonde se exporta con magníficos beneficios.

NIÑOS QUE ESCRIBEN Y DIBUJAN

LOS MONITOS

(Viene de la Pág. 8)



En un conuco están unos monos robando maíz para comer y otros vigilando, por si alguien viene, no sea cosa que los vayan a matar.

Entra un hombre ocultamente. Dispara un tiro. El tiro mata un mono y los otros se montan donde están los guardias y los soban, haciendo: ¡Chué, chué chué!

RAMON REINALDO MEDINA

Escuela Federal No. 1058

La Unión, Estado Barinas.

COMO PERDIERON LOS CONEJOS EL RABO

(Viene de la Pág. 22)

Inmediatamente se levantó una abejita de cintura muy ceñida y de ademán muy decidido. Se acercó a la Reina abeja y murmuró algo en un zumbar ronco.

Acto continuo abandonaron todas la colmena y lle-gándose a Tío Conejo que lloraba desesperadamente, le embadurnaron de miel de pies a cabeza. Una vez embadurnado hablóle la Reina: —Deja, de llorar, Tío Conejo, anda, revuélcate en la hojarasca. Una vez que se hayan pegado al cuerpo las hojas secas parecerás otro animal y no te conocería ni tu mamá.

Las abejas regresaron enseguida al colmenar, mientras que Tío Conejo daba las gracias y se revolcaba como nunca sobre las hojas secas. En realidad, se veía gracioso Tío Conejo con manto de hojas secas.

No había que perder un segundo. Se puso en marcha. Al toparse con Tío Tigre, le detuvo éste: —Mire, compañero, aunque se gasta usted una *vitola* que me es desconocida, dígame si al pasar por aquel bucare vió usted un conejo allí.

Cambiando la voz le contestó nuestro conejito:

—¿Al que llaman Tío Conejo, quiere usted decir? Sí, sí, lo ví, por cierto que me pareció un poquitín alicaído a juzgar por la cara que tenía.

—Eso me basta, repuso Tío Tigre sin dar siquiera las gracias, voy en su busca.

Y se levantó apresuradamente.

Tío Conejo esperó que pasara por su lado. Creyéndose ya seguro y no pudiendo contener el impulso de molestar a Tío Tigre sin acordarse de disimular la voz le gritó al pasar: —¡Que las suculentas chuletas de Tío Conejo no le indigesten, Tío Tigre!

Tío Tigre se revolvió como un relámpago. Con los ojos como dos ascuas y el lomo *engrifado* se le abalanzó encima.

Por un segundo, Tío Conejo quedó desprevenido, pero, ligero como un venado, echó a correr con el impulso veloz que presta el terror. Sin embargo, la bocaza de Tío Tigre le alcanzó el rabo y de un solo tajo se lo cortó. No sé que haría con él.

Iba tan asustado el pobre conejito que ni siquiera sintió el dolor de la herida. Ya, más adelante, después de haberse sosegado, cuando se bañaba en el río, quitándose las hojas, fué que advirtió que su bella cola habíase vuelto un miserable rabo tocón.

Ahora si que se le complicaba la situación, pues Tío Conejo era vanidoso y le dolía tener que presentarse a su casa sin rabo y ser el hazme reír de todos los de su especie. Pero no se amilanó, se sentó a descansar y se puso a cavilar...

Después de algún rato se encaminó silbandito hacia su casa.

Por el camino se topó con dos conejitas que andaban de paseo —Guá, Tío Conejo. Vienes muy contento, ¿pero qué se te ha hecho el rabo? Qué ridículo te ves!

Y las conejitas meneaban las naricillas y se reían como se ríen las conejas.

—Ridículo yo! repuso Tío Conejo, sin amoscarse, no saben lo que dicen; ridículas ustedes! Y sus palabras sonaron como un fallo. ¡Ja! ¡Ja! Están ambas pasadísimas de moda.

Las conejitas inmovilizaron las naricillas y pararon las orejas.

—Ya no hay conejos con rabo; todos se lo han *mochado*. Continuó Tío Conejo.

Las conejitas se miraron asombradas.

—De no ser así créen ustedes que yo me habría cortado el mío que era, sin duda alguna, el más lindo de todos!

Había demasiada seguridad en las palabras y en el tono de Tío Conejo; las conejitas le creyeron y se fueron corriendo... a cortarse el rabo naturalmente.

Tío Conejo prosiguió silbandito y de madriguera en madriguera persuadió a todos los conejos de que no había en el mundo cosa más elegante que un conejo sin rabo.

Cuando llegó a la casa, ya era cierto que todos los de su especie carecían de rabo y sus padres y hermanos, para no parecer fenómenos, resolvieron despojarse del suyo también.

Gracias, pues, a Tío Conejo, las siguientes generaciones nacieron sin rabo y desde entonces, aunque parezca mentira, los conejos son como los conocemos: ojillos vivos, naricillas nerviosas, orejas movibles y rabillo *tocón*.

A. J. R.

HISTORIA DE LOS ABORIGENES

(Viene de la Pág. 15)

Sus armas eran flechas, cuchillos, hachas y pesadas mazas de madera que llamaban “macanas”.

Se adornaban con plumas de colores; distinguiéndose, los que más valían, por el número y el tamaño de sus plumas.

Adoraban los indios, ídolos de madera y de piedra labrada que ellos mismos se procuraban.

Los médicos de los indios eran llamados “piaches”, y ejercían, a la vez, funciones de sacerdotes.

La principal alimentación de nuestros aborígenes consistía en el producto de la caza y la pesca.

Cuando Colón llegó a la costa venezolana, vió que los indios llevaban pedazos de oro colgados a las orejas. Habiéndoles preguntando por el sitio en que se proveían de ese metal, ellos, que tenían mucho miedo de los caballos de los españoles, para alejarlos de sus tierras, les dijeron que el oro se lo procuraban en El dorado, (un lugar fabuloso, inventado por ellos) donde todas las arenas eran de oro, y donde el rey se bañaba diariamente en polvo de oro, con el cual llevaba su cuerpo cubierto durante el día y que sólo se quitaba de noche, para dormir.

C. R. F.



ANIMALES VENEZOLANOS

E L T I G R E

(JAGUAR)

Por el niño

RAFAEL JOSE GUEVARA SOSA

(9 años)

Escuela Federal No. 624 — Guanaguana